

Benito Olmo

EL GRAN ROJO



Mascarell es el tipo al que recurres cuando no te queda otra salida. Acostumbrado a moverse por el barrio rojo, las narcosalas y algunos de los tugurios más apestosos de Frankfurt, su fama de resolutivo le ha proporcionado una sólida reputación como detective de casos perdidos. Sin embargo, un mal día se verá obligado a hacer frente a un encargo más extraño de lo habitual y demasiado bien remunerado para ser legal.

Su camino se cruzará con el de Ayla, una adolescente empeñada en averiguar la verdad tras la muerte de su hermano y en esclarecer los turbios asuntos en los que se vio envuelto antes de morir.

La investigación los llevará a rondar algunos de los lugares menos recomendables de la ciudad y los colocará en el punto de mira del Gran Rojo, la organización que habita a la sombra de los rascacielos y que no tiene piedad con quien se inmiscuye en sus negocios.

Índice

Cenizas

Día 1

Noche de autos

Montura

Barrio rojo, narcosalas y café de mierda

Vicio

Poker face

Caridad

Reencuentro

La visita

Fiesta de la INTEGRACIÓN

Auxilio

Mutti

Día 2

Jugar con fuego

Désordre

Mala gente

Superviviente

Su amigo y vecino

Caricias

Hannah

Parte del espectáculo

La incursión

La casa del dolor

Tumbas

Recursos

Día 3

Vigía

El taller de Lilo
Deudas
Camille
Gracias
Taleguero
Mal negocio
El cuarto de invitados

Día 4

Cápsulas
Desayuno
El martillo y el clavo
Pitillo
Respuestas
Tarde
El espectáculo
Caballería
La visita
Libre
Chantaje
Cita
Ding
Héroe
Diana
En mala hora
Incondicional

Día 5

Notición
Redención
Agradecimientos

Cenizas

Crematorio. A Ayla le parecía una denominación obscena, tan desagradable y explícita que apenas dejaba margen a interpretaciones sobre lo que sucedía allí dentro.

El espacio cumplía con lo que se esperaba de aquel título con un diseño industrial, proyectado para no transmitir emoción alguna, una cualidad que se hacía extensible a las expresiones de los empleados que pululaban de aquí para allá. Como si nada más contratarlos los hicieran pasar por un cincel que desarmaba sus rostros de cualquier tipo de emotividad.

Todos sin excepción ignoraban el abigarrado olor a ceniza y a pelo quemado que enturbiaba la atmósfera varias veces al día.

Ayla observó una vez más el féretro en el que reposaban los restos mortales de Samir y ahogó el traicionero torrente de lágrimas que llevaba toda la mañana amenazando con anegar su mirada. Los operarios introdujeron el cajón en el horno y la compuerta se cerró con un reverbero metálico.

Al otro lado, fuego y cenizas. A este, desolación.

Apretó el brazo de su padre, que contemplaba la puerta del horno con fijeza. En su mundo de nebulosas, aquella escena debía de carecer del menor sentido emotivo. Por un instante, Ayla se alegró de que su estado no le permitiera darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Fue un pensamiento tan desafortunado como inevitable, así que le cortó

el paso a la culpabilidad y no se permitió sentirse mal por ello.

Mientras, Samir se convertía en humo.

Echó un vistazo en torno. Además de ella y su padre, no había ninguna otra cara conocida. Que nadie más hubiera acudido a la incineración resultaba triste, pero en realidad lo prefería así. Aquel era un momento privado. Íntimo. Ya que no le quedaba más remedio que estar allí, al menos no tenía que soportar la compasión, las miradas apenadas ni las palmadas en la espalda de nadie.

Pensó en Gerard, el mejor amigo de su hermano. Su amante, según las malas lenguas. Se hallaba en paradero desconocido y la policía andaba tras su pista desde que el cadáver de Samir había aparecido en una cuneta cerca de Kronberg.

Sobredosis. O eso decían.

—¿Señor Aldemir?

Su padre no reaccionó. El operario debió de intuir que ni siquiera le oía, ya que en lugar de insistir hizo saltar su mirada sobre Ayla.

—Pueden esperar en la salita.

No esperó a que respondiera. Simplemente les dio la espalda y se marchó junto a sus compañeros. Ayla tomó a su padre de la mano.

—Vamos, señor Aldemir.

Se dejó llevar con docilidad. El espacio al que aquel hombre se había referido como «la salita» no era más que una pequeña habitación de paredes amarillentas con un par de sofás y una mesa de centro en la que descansaba un jarrón con flores de plástico, un cenicero y una caja de pañuelos. Ayla pensó que, más que «la salita», podrían haberla llamado «la habitación de llorar». Dejó a su padre en uno de los sofás y fue a ver a la mujer que montaba guardia en la recepción del crematorio.

—Disculpe, ¿sabe cuánto tiempo más vamos a tener que esperar?

No respondió enseguida. A Ayla le pareció que desechaba la primera respuesta que se le pasó por la cabeza en busca de otra más amable.

—Lo siento, todavía tardará un par de horas. ¿Necesitáis algo?

«Es la niña», debían de haberle dicho. «La del padre tarado». Probablemente, como tanta gente, se estaría preguntando si aquella adolescente sería capaz de hacer frente al cúmulo de responsabilidades que se le venía encima tras la muerte de su hermano.

—No, gracias.

—Puedo llevaros un poco de café. ¿Tomas café?

—Se lo agradezco, pero no hace falta.

Cuando regresó a la salita encontró a su padre en el mismo lugar y en la misma postura en la que lo había dejado. Miraba fijamente el cenicero, como si quisiera desentrañar la utilidad de aquel objeto.

Al cabo de unos minutos, la recepcionista acudió ataviada con una expresión almibarada. Dejó sobre la mesa una bandeja con una gran jarra de café, varias tazas y un plato con algunos dulces que debía de haber sacado de la máquina expendedora del pasillo. Como si hubiera decidido que aquella chica y su padre eran responsabilidad suya y que, por tanto, debía ocuparse de que no les faltara de nada.

Ayla le dio las gracias y, cuando se quedaron solos de nuevo, se sirvió una taza de café. Estaba tan aguado y suave que apenas tenía sabor, pero llevaba tanto sin llevarse nada al estómago que lo agradeció de todas formas y se lo terminó de un trago.

Después cogió uno de los dulces, lo partió en trozos muy pequeños y se lo dio de comer a su padre.

Día 1

Noche de autos

La noche me envuelve con un abrazo de silencio, humedad y asfalto. Al otro lado del río, los rascacielos se alzan con la desfachatez de torres de Babel empeñadas en arañar la negrura. Los edificios resplandecen con osadía, engalanados con colores alegres que deberían hacerlos más atractivos en medio de la noche. Las luces componen una ilusión de belleza y optimismo tan cruel como la última cena de un condenado a muerte.

Es una ilusión vacía, claro. Sin ir más lejos, hace unos días alguien se quitó la vida arrojándose desde lo alto de uno de esos rascacielos. El suicidio ocupó las portadas de todos los tabloides de la ciudad durante unos diez minutos. Eso fue lo que tardaron los periodistas en encontrar otra noticia con la que tapar el suceso. A las grandes corporaciones que habitan esos colosos de cristal y acero no les interesa que nadie conozca las miserias que esconden en su interior y los periodistas actúan en consecuencia.

No muerdes la mano que te da de comer. Hasta los perros saben eso.

Doy un trago a mi cerveza. El sabor de la birra se mezcla con el regusto metálico de la sangre con tanta intensidad que parece que estuviera chupando una moneda. El alcohol me escuece al contacto casi tanto como el recuerdo del encuentro con Ivanka. Ir a reclamar una deuda y volver sin dinero, con el labio roto y un ojo morado se me antoja la peor manera posible de empezar la semana.

Me digo que podría haber sido peor y pienso en el pobre infeliz que decidió que era buena idea lanzarse desde lo alto de uno de esos rascacielos.

El edificio más alto de la ciudad es la torre del Commerzbank. Doscientos cincuenta y nueve metros, nada menos. ¿Cuánto tardas en tocar el suelo desde esa altura? Debe de existir una fórmula matemática para calcularlo, pero no la conozco. Doscientos cincuenta y nueve metros no parece tanto, en realidad. Viene a ser la distancia que hay desde mi casa hasta la parada de metro más cercana. Sería buena idea establecer la altura de los edificios en función del tiempo que tardas en tocar el suelo si saltas desde el punto más alto. «Ese edificio de ahí mide cinco segundos». «Ese otro mide seis y medio». «Pues yo trabajo en uno que mide casi diez segundos».

Es una idea macabra, pero, si llegara a ponerse en práctica, estoy seguro de que muchos se lo pensarían mejor antes de tomar la determinación de arrojar desde una de esas torres. La perspectiva de verse más de dos segundos suspendido en el vacío, sin nada más que aire entre tú y el maldito suelo, no resulta nada alentadora. Si alguna vez me decidiera a quitarme la vida, preferiría un método indoloro. Un atracón de somníferos estaría bien. Quedarse dormido y no volver a despertar es una buena forma de morir.

Dicen que cortarse las venas tampoco duele, pero soy tan manazas que si me decidiera por esa vía es bastante probable que terminase vivo y con los brazos hechos unos zorros. Con la suerte que tengo, seguro que tendrían que amputarme un brazo o algo así. Seguiría vivo y, por si fuera poco, manco.

Sólo me faltaba eso.

Alguien se acerca. Es un hombre que conduce una bicicleta pertrechada con alforjas.

—Buenas noches. ¿Ya se ha terminado la cerveza?

Acompaña la pregunta con una sonrisa desastrosa. Le muestro un dedo para pedirle paciencia mientras apuro el

resto de la lata, que es poco más que un poso de espuma caliente. Después se la ofrezco.

—Gracias, amigo.

Sus ojos se detienen un momento más de la cuenta en los moratones de mis mejillas, pero finge no verlos. Cuando guarda la lata, el resto del botín que lleva en las alforjas le da la bienvenida con un tintineo metálico.

—Hace buena noche, ¿verdad?

—No está mal.

—Dicen que en unos días volverá el frío.

Lo dice de un modo curioso. «El frío». Como si fuera una persona en vez de un fenómeno atmosférico. Saco mi paquete de cigarrillos y el desconocido lo mira con avidez. Le ofrezco un pitillo, que coge al vuelo.

—Gracias, señor. ¿No tendrá fuego, por casualidad?

Enciendo su cigarrillo y después el mío. Fumamos en silencio, convertidos en camaradas resueltos a compartir trincheras. Nos quedamos absortos en la contemplación del río Main, que refleja las luces de los rascacielos con una nitidez acuosa, como si allá abajo miles de pequeños insectos luminosos se afanasen en componer aquella estampa fantasmal. El desconocido vuelve a colocar los pies en los pedales y se despide con un ademán militar.

—Que le vaya bien, señor.

Aunque no lo dice abiertamente, sé que se refiere a mis heridas. Desea que mis problemas, sean cuales sean, se resuelvan pronto. Le doy las gracias con un cabeceo y lo observo alejarse. Cada pedalada va acompañada del tintineo de las latas con las que carga. El sonido me recuerda a las campanillas que deben de escucharse cuando el trineo de Papa Noel anda cerca. Buscar botellas y latas vacías y entregarlas en algún comercio a cambio de unas monedas se ha convertido en una especie de subgénero laboral, una ocupación tan común y respetada que ya cualquiera lo hace. Desde adictos al *crack* hasta padres de familia con apuros para llegar a final de mes. Diablos, hasta yo mismo lo

he hecho en alguna ocasión, cuando he necesitado algo de efectivo con urgencia para pagarme una copa, un paquete de cigarrillos o un bocadillo.

Mi estómago ruge mientras el reflujo ácido me asciende por la garganta a toda velocidad. Contengo una arcada mientras saco la caja de Omeprazol. La acidez remite nada más meterme una cápsula en la boca. Doy una nueva calada para celebrarlo y lanzo el cigarrillo al río. El pitillo ejecuta una parábola luminosa antes de entrar en contacto con el agua y apagarse con un siseo.

Resignado, me levanto las solapas del abrigo y le doy la espalda a los rascacielos.

No quiero hacer esperar a mi cliente.

* * *

¿Qué clase de desgraciado cita a otro a las cinco de la mañana? Llevo preguntándomelo desde que el día anterior recibí la llamada que me emplazó a vernos justo a esta hora. Una vez leí que los grandes magnates y empresarios, los auténticos dueños de la civilización, empiezan su jornada mucho más temprano que el resto de los mortales. Así se aseguran de que cuando sus competidores comienzan a rodar, ya les llevan varias horas de ventaja.

La mujer al otro lado de la línea fue escueta. Conjuró el sitio y la hora y colgó antes de que tuviera ocasión de preguntarle qué demonios quería de mí. En condiciones normales lo habría tomado por una tomadura de pelo, que es exactamente lo que parece. Si he decidido acudir es por dos motivos.

El primero es el lugar en el que me han citado. El antiguo caserón está ubicado en la zona más exclusiva del barrio de Sachsenhausen, lo que delata el altísimo poder adquisitivo de la persona que quiere verme. La gente para la que suelo trabajar cuenta cada euro de mi minuta con avidez, ansiosa por encontrar algún detalle que no figure en la

provisión de gastos para poder ahorrárselo. De no tratarse de una broma, es probable que me las vea con un cliente particular que podrá proporcionarme una buena inyección de liquidez.

Eso conduce al segundo motivo: la necesidad de efectivo con el que hacer frente a las deudas que empiezan a atestar mi buzón. Tras un par de encargos que no han salido como debían y a la espera de que Ivanka decida pagarme, mi situación comienza a ser poco menos que alarmante.

Conclusión: no está la cosa como para ir rechazando encargos alegremente.

Cuando llego a mi destino compruebo que la mansión es imponente, mucho más de lo que parecía en Google Maps. Tres torreones, varios balcones y un jardín delantero del tamaño de una cancha de baloncesto anteceden lo que me espera en el interior. Las tejas de color negro asemejan las escamas de un dragón dormido. Un cliente así es justo lo que necesito: un ricachón dispuesto a pagar a cambio de pruebas de una infidelidad, una estafa al seguro o un vicio secreto, y que no fiscalice cada euro que le pida.

Me detengo frente a la verja y trato de componer mi aspecto para aparentar formalidad. Lamento no tener un espejo a mano, pero puede que sea mejor así. Al pulsar el timbre percibo un aristocrático «ding dong» que se escapa del interior del caserón. A esa hora de la mañana suena tan escandaloso que temo que vaya a despertar al resto del vecindario.

No sucede nada en absoluto. La sensación de ser objeto de una broma pesada se hace más fuerte a cada segundo que pasa y estoy a punto de largarme. Me obligo a permanecer allí, pero no me atrevo a volver a llamar. El portón no se abre hasta casi un minuto después para dejar salir a una figura menuda, encorvada y con la cabeza coronada por un grueso moño gris. Se acerca a la verja sin más abri-

go que una rebeca fina y a todas luces insuficiente para combatir la humedad que se cierne sobre nuestras cabezas.

—Buenos días. ¿Es usted el fontanero?

La posibilidad me hace sonreír, aunque a la mujer no parece hacerle ninguna gracia.

—No, señora. Soy el detective.

Lo digo como si fuera algo habitual. Sólo soy una más de las visitas que esperan ese día. «Hoy vendrán el fontanero, el albañil y el detective». Ensancho la sonrisa, aun a riesgo de que malinterprete el gesto y me mande a hacer puñetas.

En lugar de eso me observa sin decir nada. Mi aspecto la descoloca, aunque no puedo culparla por ello. Aprovecho para examinarla yo también y hacerme una idea de la clase de persona que tengo delante. El moño gris le da una apariencia vetusta, desmentida por los vivaces ojillos que se mueven de un lado a otro de mi rostro y se detienen algo más de la cuenta en los moratones que me he puesto para la ocasión. Si el moño la hace parecer una ochentona, la mirada suspicaz es la de alguien de cuarenta años. Me planto en un cómodo término medio y apuesto a que tiene unos sesenta. No parece la dueña del lugar, sino más bien alguien del servicio, aunque se mueve con familiaridad. Su ropa es sobria, a un paso de ser harapienta.

—Adelante.

Abre la verja y la sostiene para que pase. Las hojas secas crujen para darme la bienvenida. Desde el interior, el jardín parece aún más grande y solemne, pero no está tan bien cuidado como debería. El césped echa de menos un buen rasurado y las plantas piden a gritos que un jardinero las cuide o bien las sacrifique para acabar de una vez con su sufrimiento. Si las flores pudieran gritar, las que se arrebolan junto al portón no dejarían dormir a nadie en los alrededores.

Cuando entro en el caserón me asalta un agradable aroma a leña. El mobiliario es antiguo, pero está limpio y bien

conservado, lo que le confiere una elegancia atemporal. En el recibidor detecto un busto de Goethe, un carrillón y varios cuadros que muestran a señoras desnudas correteando por jardines floridos.

—Por aquí, por favor.

La sigo a través de un pasillo tan largo que podríamos jugar una partida de bolos en él. Estoy casi seguro de que la mujer que me antecede es la misma que me telefoneó ayer y estoy a punto de preguntarle qué demonios quiere de mí, pero sospecho que no respondería, así que me reservo las dudas por el momento.

El pasillo desemboca en una estancia ampliamente iluminada y, para mi alegría, bastante caldeada. La luz proviene de unos apliques que hay en la pared y de una chimenea en la que arden con generosidad unos troncos tan perfectos que parecen de atrezo.

Frente a la chimenea hay un sofá de piel enorme. Sobre él, una mujer. Es rubia y lleva un vestido blanco con un escote tan generoso como un príncipe saudí hasta arriba de Ruavieja. No hace nada que delate que nos haya visto llegar, ocupada en contemplar el fuego. Un segundo vistazo me hace notar que no se trata de una chimenea real, sino de una especie de pantalla tras la que arden de forma ficticia esos troncos tan correctos. Son los radiadores dispuestos en las paredes los que hacen el trabajo sucio; la presunta chimenea se limita a figurar.

La señora que me ha guiado hasta allí se queda a un lado de la habitación, confundida entre las sombras, como si quisiera mimetizarse con el entorno y pasar desapercibida. Creo que lo consigue.

La mujer del sofá finge no percatarse de mi presencia. En su rostro bailan muy pegados la indolencia y el aburrimiento. Pasa un minuto completo antes de que hable.

—Mascarell es un apellido valenciano.

Pronuncia mal mi apellido, pero estoy acostumbrado. Los alemanes tienen un serio problema con las erres. Es co-